"amenaza. No há muchos años una gran flota (1) fué "destrozada en estos mares. Un rey de los nativos de "esa isla, pereció, y con él muchos nobles de los blan- "cos que iban á Castilla. Es aquí la fuerza de los vien- "tos capaz de arrancar los árboles y derribar las rocas, "y esta calma falaz precede siempre á la desastrosa "tormenta."

"Así fué: muy en breve se levantaron rumores confusos y señales alarmantes. Las aves en bandadas huían á escape á las vecinas costas, y por el lado de estas se dejaba escuchar siempre creciente una especie de mugido, como el de muchos torrentes desbordados. No bien esto escuchábamos, el huracan se desencadenó sobre nuestra flota con espantoso furor. La consternacion se apoderó entónces de todos los viajeros; las mujeres y los niños y aún los varones más esforzados, lívido el semblante y aterrados los ojos, cercaban á los sacerdotes, á voces pidiendo entre alaridos y sollozos, que les perdonasen sus delitos y los favoreciesen contra la muerte."

"Cuando en una ciudad sitiada por mucho tiempo y que al fin ha caido en poder del exasperado enemigo, algun padre de familia, cercado de su esposa y de sus hijos é hijas dentro de su morada, aproximándose cada vez el tropel y la vocería, vé de repente penetrar á la

(1) La flota de Bobadilla (naufragio famoso en tiempo de Colon.)

desenfrenada turba que todo lo lleva á fuego y sangre, el buen padre invoca á los dioses, y ya no le amedrenta el propio peligro sino el de los débiles que le rodean. Así parecian los sacerdotes blancos cercados de la multitud de viajeros; implorando la misericordia del verdadero Dios, alzaban en su mano la imágen del Dios víctima y la oponian al feroz elemento."

"Ya, empero, densas nubes habian oscurecido las alturas acudiendo con celeridad pavorosa, y al estallar el rayo, la tempestad se desató sobre nosotros con ímpetu desolador; caia la lluvia como torrentes envuelta en vapores que no dejaban ver, y el agua del cielo y las olas embravecidas inundaron nuestros bajeles que el huracan maltrataba llevándolos de abismo en abismo. Arrastrados á impulso del elemento poderoso, apénas podiamos sostenernos contra sus embates, y á cada paso nuestros barcos iban á estrellarse contra los arrecifes; ó ya casi invertidos descubrian el enmohecido dorso hundidos de través ó de proa, y á cada peligro un grito sofocado de los que iban á perecer se dejaba escuchar por todas partes."

"Mas no podia pasar mucho tiempo en esta lucha desesperada, sin que nuestros ojos viesen un gran desastre que no recuerdo sin angustia."

'Cuando ya dispersos entre las ondas fluctuábamos sin saber cada nave qué fuese de las otras, el clamor lejano de la trompeta nos advirtió que acudiésemos á sal-

var á los que no podian sostenerse, y á una órden del que nos guiaba torcimos la proa á la parte de donde imploraban nuestro socorro. Todos á porfía bajamos á los bancos en ayuda de los remeros, y luchando á la vez con el viento y las olas que se oponian á nuestra marcha, llegamos por fin á la vista de los naúfragos."

"¡Espectáculo lastimoso! Cuando nos descubrieron la miserable multitud de niños, mujeres y varones que se agitaban sobre la cubierta de la nave próxima á zozobrar, levantaron el clamor á nosotros, agitando sus manos en ademan de quien pide socorro contra la muerte; azotado el bajel contra los escollos por el huracan, se habia hendido por medio, y yá las otras naves se habian alejado hasta el punto de perderse de vista."

"Pero nosotros haciendo esfuerzos desesperados, logramos apénas llegar como á un tiro de saeta de los que ya se iban á pique."

"La gigante máquina, triste cosa era ver cómo la llevaban las voraces corrientes, cual si un enorme mónstruo se arrastrase moribundo, y le precedian algunas chalupas con mujeres y niños, parte muy pequeña de los que quedaban esperando nuestro socorro."

"El gefe de nuestra nave ordenó entónces que se botasen los pequeños barcos y se aprestasen las escalas; y los marineros y algunos pasajeros nos arrojamos á las ondas, visto que no habia tiempo que perder."

"Entretanto, la multitud de los nuestros en pié sobre cubierta, recibiendo á los que llegaban salvos, nos alentaba con voces de ansiedad porque no tardásemos en acudir á los que perecian. Pero todo en vano. Delante de nosotros el hendido bajel se hundió en los abismos con toda aquella gente, y un grito general de horror y consternacion se levantó á los cielos."

"Varones, ancianos, niños y mujeres quedaron sepultados en aquellas aguas en un instante, salvándose muy pocos.

"Arrojándonos á las ondas olvidados del propio peligro, delante de los esquifes que nos seguian, con violentos esfuerzos llegamos á socorrer á algunos que sobrenadaban. Entre otros logré asir á un anciano casi espirante y á una mujer que asida á una tabla con su pequeño, apénas asomaba su cabeza. Con estos y algunos marinos á quienes sostuvo su fuerza largo tiempo, volvimos á nuestra nave, no quedando en aquellas aguas sino los restos del bajel perdido, fardos y toneles como los signos fúnebres de la catástrofe."

"En este bajel, el mas hermoso y mejor equipado de nuestra flota, venian á Anáhuac muchos blancos, y nuestra gente lamentaba la pérdida de algunos que conocia. De entre ellos era sentida la muerte de dos jóvenes nobles, á quienes su madre viuda dejó partir, para que hallasen en Anáhuac el pan que la infeliz no podia darles."

"Era el otro un gallardo caballero, que engañado en su amor, buscaba olvidar su desdicha en ajenas regiones; en vano los suyos le apartaban de su propósito, pues él, no amedrentado por los peligros que le anunciaban, ya venía destinado á la muerte."

"Una familia entera acababa tambien de desaparecer: á Tenochtitlan venía un guerrero anciano de los que acompañaron á Malíntzin en la guerra; con su esposa y sus hijas jóvenes y hermosas venía á establecerse entre los vencidos, ya resuelto á olvidar los países del sol. Empero un sepulcro le fué dado ántes de llegar á su nueva morada.

"Perecieron asímismo tres de los sacerdotes blancos que obedientes al mandato del que los enviaba, debian quedar en la isla de Las-Casas; pero ya desde que salimos de Castilla mostraban en el rostro triste presentimiento."

"Mas entre todos era llorado el jóven piloto que gobernaba el perdido bajel; hijo de un honrado comerciante de Castilla, lo habia equipado con mercancías que, vendiendo á los de Anáhuac, esperaba convertir en oro para volver á los suyos y celebrar sus bodas con la doncella de sus amores. Empero no plugo al Dios invisible cumplirle el sueño de su corazon. Antes que las señales de la borrasca se dejasen ver en aquellos desiertos, reconociendo que de ahí en breves soles vendria

para él algun funesto mal, se despidió de sus amigos como quien sabe que va á morir, y era de todos los viajeros notada su tristeza. Pudiéndose salvar entre los que ocuparon de preferencia los pequeños barcos, no lo quiso, dolido de tantos que iban á perecer. Nuestra gente celebró sus exéquias durante muchos soles á una con las de las otros que perecieron.

"¡Oh! cuán cierto que el infortunio vuelve mejores á los hombres, y que el reconocimiento del bien que podemos hacerles los persuade á que nos vean como á sus padres, hijos ó hermanos! Apénas vuelto á bordo de nuestra grande nave, en cuyo recinto los llantos y alaridos hacian estremecer, me cercaron muchas nobles señoras y caballeros de los de Castilla, mostrándome un grande agradecimiento en medio de su dolor. Tales demostraciones de parte de unos desgraciados á quienes no pudimos salvar sus padres ó sus hijos ó sus esposas, me hicieron llorar con ellos como si fuese un niño, porque mis entrañas se conmovieron."

"No fué sino hasta el fin de la tarde, ya sosegado el huracan, cuando el peligro se alejó de nosotros; pero ántes ya lo teniamos en olvido ocupados de sentir la desgracia de nuestros hermanos. Cuando la aurora del siguiente dia se mostró en el Oriente, estaba el cielo limpio de toda nube y el viento bonancible se levantó de esa parte. Toda la flota se cubrió entónces de sus

velas y, léjos ya de aquellas funestas costas, endereza-mos el rumbo á los mares de Anáhuac. Semejantes á una bandada de blancos pelícanos que perseguidos del cazador se remontaron al cielo, quedando algunos flotando en las aguas heridos ó muertos; y ya por el alta region van los demás con vuelo sosegado, cual si olvidasen haber perdido á sus hijos ó hermanos; así nuestros bajeles seguian por las tranquilas aguas su camino á los países de Occidente, formados en órden y al parecer como si nada dejasen sepultado en los borrascosos abismos."

"No nos atrevimos, empero, á proseguir el viaje, distando mucho todavía de los mares de Anáhuac, sin reparar los maltratados bajeles; y descubriendo de cerca una pequeña isla poblada de bosques, anclamos en la bahía que nos ofreció puerto seguro. Era tierra desierta, y en ella nos detuvimos algunos soles descansando de la fatiga, en tanto que los artífices reponian los mástiles y ejecutaban otras obras para asegurar los mal parados barcos."

"Esos dias fueron gratos á mi corazon. La gente de toda la flota, reconociendo á una con los que habia salvado, el favor recibido de un hijo de Anáhuac, me mostraba solícita su agradecimiento, y el Acólhua era visto de todos los blancos como alguno de ellos, y me buscaban para preguntarme mi nombre y el de los mios, ó me

convidaban á su mesa para obsequiarme con la comida y la bebida."

"De entre todos, aquella mujer á quien salvé con su hijo: "no tengo tesoros que ofrecerte;—me dijo un dia —ruégote que al ménos lleves siempre contigo esta memoria de los dos que salvaste;" y quitando de su cuello un collar de cuentas de perla, con una medalla de oro grabada la imágen de Santa María:—"Mi Señor,—exclamaba—sé que vais á recibir el agua santa; tomad este presente que os librará de todo mal; Santa María os pague lo mucho que os debo."

"Mas el anciano á quien igualmente salvé la vida, es el mismo que despues en Chalchiuhcuécan ha salvado la mia. Desde que vuelto en sí hubo de saber que yo le saqué de las aguas, no cesaba de bendecirme, y levantando al cielo sus azules ojos, rogaba al verdadero Dios me remunerase; y cuando en Chalchiuhcuécan postrado en el lecho por la fiebre, salí del delirio, hallé que Mesa, tal es su nombre, me tenia en su morada velando por mí con sus hijos é hijas."

"Tal fué la razon por que ya pasado el naufragio no me fué concedido departir con Don Vasco durante muchos dias acerca del verdadero Dios. Mas cuando vueltos á los bajeles le invité yo mismo á departir de las cosas santas, y mostrandole mi deseo de recibir el baño de santificacion, le dije: "Tu nombre está escrito en el cielo con signos de púrpura: no dudo ser tú la flauta en

que el Dios invisible ha soplado para que le escuchase. ¿Cuándo me llevarás al sacerdote blanco para que el agua santa lave mi cabeza y mi espíritu sea perdonado de sus delitos?" el buen anciano lleno de gozo ya no se ocupaba sino de preparar mi mente y mi corazon con palabras de ciencia y de ternura, para que al llegar á Chalchiuhcuécan fuese presentado á los sacerdotes. Mis ojos se abrieron del todo á la luz y el consuelo inundaba mis entrañas, y los designios del verdadero Dios con los hijos de Anáhuac éranme manifiestos. El anciano me los hizo reconocer:

"¡Dios vive! y cuida de los hombres y ha enviado del "cielo la verdadera ciencia. Los del Nuevo-mundo no "la conocian. Mejor ciencia de la que te damos no hay "ya en los países del sol; semejantes á la de los tuyos "son todas las otras. Por una maravilla ha sido descu-"bierto el Nuevo-mundo, despues de tantos *manojos* de "años y á tiempo en que esa ciencia del verdadero "Dios es abjurada de muchos blancos. Si, pues, el ver-"dadero Dios no es el que hoy se os anuncia, ¿cuándo se "os dará á conocer?"

"Estas reflexiones no me dejaron ya dudar."

"Don Vasco habló por último prediciendo lo que tampoco dudo deba suceder, porque su palabra tiene no sé qué seguridad que persuade:"

"Maravillas que vean los ojos, para que la ciencia "que os predicamos se haga creible, no son necesarias,

"porque aquí los sucesos valen por una maravilla. Em-"pero, de aquellas no faltarán; pues tén por cierto que "Santa María no dejará de mostrar á sus hijos algun pro-"digio: no dudo que ésta alta y noble Señora dejará es-"capar de sus manos alguna joya ó alguna pluma de sus "alas, para que sepan cómo tambien es madre de los acól-"huis y que por ellos ruega delante del Dios *victima*."

"Ya estábamos á la vista de las costas de Anáhuac. El corazon daba saltos de júbilo en mi pecho y la alegre vocería de los pasajeros aumentaba mi gozo. ¿Cómo podria decir eso que sentí al descubrir el Citlaltépetl (1) descollando majestuoso entre los bosques lejanos y las numerosas colinas que se agrupan á sus piés? A la luz del sol naciente y sobre el fondo de un azul vivo, érame grato reconocer la cándida montaña. Las aves marinas que se levantaban á esa hora parecian venir á darme la bienvenida, y yo escuchaba rumores de alborozo de todos los mios en el viento venido de tierra. Desembarcamos por fin, y el desterrado olvidaba sus trabajos apénas en Chalchiuhcuécan recibia los abrazos de algunos amigos. La gente me referia las maldades de Nuño y sus prosélitos, y se regocijaba contemplando á los nuevos señores que de Castilla venian para consolarnos. "Nezahual—decian—es adicto á los nuevos señores; ya no dudamos que son buenos y que la paz ha nacido pa

(1) El Orizaba.

ra nosotros." Empero ese gozo alternaba con el pesar que de todos se apoderó, al saber la pérdida de tantos que perecieron tristemente en medio de los mares."

"De ese dia ya no supe qué fué de mí, ni la hora en que Don Vasco, no pudiendo detenerse, partia para Tenochtitlan. La fiebre me robó el conocimiento; quizá las grandes fatigas y desvelos á que me ví entregado en los pasados dias, me prepararon á ese mal de que el Dios invisible ha querido tambien salvarme. Yo hubiera muerto, sin los cuidados de aquellos que me tuvieron en su morada como si fuese alguno de los suyos. Mesa, sus hijos é hijas cercaban mi lecho, cuando ya vuelto á la vida no sabía si estaba en Anáhuac, ó en Castilla, ó en el desierto de los mares. Cuando ya salvo de la muerte, el anciano y sus hijos é hijas congratulándose me decian: "ibais á morir, pero Dios y santa María han oido los ruegos de nuestra angustia, porque vuestra vida nos es muy cara y sabiamos que aun no recibiais el agua santa," mi corazon enternecido creia escuchar la voz misma del piadoso Dios. ¡Oh! Cómo podria ya desconocer los cuidados de aquella Majestad que tiene empeño en consolar á los que gimen y en salvar á los que están perdidos!"

"Despues de tantos trabajos hé vuelto por fin á esta morada que en el camino de los mares y allá en Castilla, dia y noche veia mi mente como si jamas hubiese de volver á ella. A todos los mios ha conservado vivos y sin

mal el Dios invisible, y á cuantos son para nosotros como padres y hermanos. Rebelde á la palabra santa del verdadero Dios, partí al destierro, dejando á los que me aman dos veces herido su corazon, y al fin he vuelto para que de un doble gozo participasen Nezáhual y los suyos. Agradecida mi alma no sabe qué decir en alabanza del buen Dios que ha señalado conmigo sus misericordias."